

toria personal se confunde allí con la historia de nuestra literatura moderna a través de una interpretación de los hechos que basa su verdad en el testimonio de lo visto y lo vivido<sup>3</sup>.

El relato de los orígenes se inicia, según Uslar Pietri, en París y a fines de los años veinte. Su punto de partida no es así la literatura hispanoamericana de la década de los treinta y los cuarenta sino el decisivo y cotidiano encuentro de tres jóvenes en alguna terraza de Montparnasse: «Miguel Ángel Asturias venía de la Guatemala de Estrada Cabrera y Ubico, con la imaginación llena del *Popol Vuh*, Alejo Carpentier había salido de la Cuba de Machado y yo venía de la Venezuela de Gómez»<sup>4</sup>. Una feliz coincidencia los reúne y crea entre ellos una comunidad de ambiciones e intereses, pues los tres han llegado a París huyendo de la barbarie política y en pos de una modernidad que pronto les revela que, para ser modernos, deben aprender primero a ser ellos mismos. Exhumando la memoria de sus años mozos, Uslar Pietri nos cuenta que, después de tanto charlar, «lo que salía de todos aquellos relatos y evocaciones era la noción de una condición peculiar del mundo americano que no era posible reducir a ningún modelo europeo»<sup>5</sup>. ¿Cuál era su peculiaridad? El autor no nos lo dice claramente en un principio aunque menciona la fascinación de Asturias por el mundo maya, la de Carpentier por la cultura de los negros de Cuba y la suya por su país mestizo. Hay que esperar algunos párrafos antes de que aparezca la convicción que preside la toma de conciencia de la otredad de lo americano: «El mundo criollo está lleno de magia en el sentido de lo inhabitual y lo extraño»<sup>6</sup>. La literatura ha de reflejar este rasgo diferencial en el que se afirma una forma de identidad hasta entonces desconocida. No es otra la divisa programática que aparentemente signa, desde muy temprano, la vida y la obra de los tres padres fundadores. Animados por el afán de dar una voz a la específica magia de América, juntos se habrían lanzado a la empresa de inventar un modelo de escritura propio y original. *Leyendas de Guatemala* (1930), *Las lanzas coloradas* (1931) y *Ecué Yamba O* (1933) son los primeros frutos de su acción y, como tales, las obras que, en esta versión de los hechos, inauguran el largo reinado de la corriente dentro de las letras hispanoamericanas. El relato prosigue con otras precisiones que no parecen

<sup>3</sup> «Realismo mágico» se publicó originalmente en una edición especial del Ateneo de Caracas encartada en el diario *El Nacional*, Caracas, 20 de febrero de 1985. Posteriormente, se incluyó en la selección de ensayos del autor Godos, insurgentes y visionarios, Barcelona, Seix Barral, 1986. Utilizo aquí la versión que aparece en la antología Arturo Uslar Pietri, *La invención de la América mestiza*, edición de Gustavo Luis Carrera, México, FCE, 1996, pp. 333-337.

<sup>4</sup> Op. cit. p. 333.

<sup>5</sup> Ibid., p. 333.

<sup>6</sup> Ibid., p. 336.

hoy menos discutibles, pues denotan una lectura retrospectiva que proyecta, hacia un remoto pasado, estadios posteriores de la cuestión<sup>7</sup>. Pero, por lo que nos concierne, lo esencial quizá no esté allí sino en el contexto en que nuestro autor sitúa la génesis del realismo mágico, ya que el París de los años veinte deja una huella indeleble en su manera de concebirlo y condiciona aún su interpretación casi sesenta años después.

En efecto, al igual que Asturias y Carpentier, Uslar Pietri llega a Francia en una década marcada por la crisis de la civilización europea y por la quiebra de estatuto privilegiado del viejo continente. Entre *La decadencia de Occidente* (1920) y *Malestar en la cultura* (1929), corren los años de una profunda revisión crítica que, a la luz de los horrores de la Gran Guerra, pone de manifiesto los límites del optimismo ilustrado y da al traste con el esquema ascendente del progreso humano que hacía del hombre europeo la figura más alta de la historia universal. Las ideas de Spengler, como lo ha demostrado Roberto González Echevarría, tienen entonces una influencia decisiva en toda una nueva generación de intelectuales hispanoamericanos que encuentran en la *Lebensphilosophie* la posibilidad de reescribir, de manera inédita, su realidad cultural<sup>8</sup>. Los encuentros del venezolano con sus dos célebres amigos se inscriben dentro de esta tendencia que trata de volver a definir una imagen de América entre las ruinas de la centralidad perdida de Occidente. De ahí que, en la elaboración del concepto de realismo mágico, la búsqueda de la otredad americana se traduzca casi necesari-

<sup>7</sup> Es difícil aceptar que, ya para 1929, los tres escritores tuvieran una idea tan estructurada de lo que iba a ser, dos décadas más tarde, el realismo mágico. Tampoco parece verosímil que se propusieran entonces formar una suerte de movimiento literario. En una entrevista con César Leante, Carpentier confiesa que, a fines de los años veinte, atravesaba una honda crisis de identidad y estaba lleno de dudas sobre su vocación: «Me pareció una tarea vana mi esfuerzo surrealista. No iba a añadir nada a ese movimiento. Tuve una reacción contraria. Sentí ardientemente el deseo de expresar el mundo americano. Aún no sabía cómo. Me alentaba lo difícil de la tarea por el desconocimiento de las esencias americanas. Me dediqué durante largos años a leer todo lo que podía sobre América». Cf. César Leante, «Confesiones sencillas de un escritor barroco» in Helmy Giacomani (ed.), Homenaje a Alejo Carpentier, Nueva York, Las Américas, 1970, p. 21. Por lo que toca a Asturias, Marc Cheymol ha demostrado cómo el guatemalteco, antes de convertirse en el Gran Lengua, va pasando por diversas metamorfosis ideológicas a través de los años veinte. Cf. su libro Miguel Ángel Asturias dans le Paris des années folles, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1987. El Uslar Pietri que llega a París tampoco es una personalidad literaria resuelta y definida. Aunque ya ha participado en el lanzamiento de la revista Válvula (1928), está lejos de ser un teórico del realismo mágico y hay de reconocer que su novela histórica mal traduce la necesidad de expresar un mundo de prodigios y maravillas. Los tres amigos se habían nutrido indudablemente del clima de efervescencia americanista que atraviesa la década de los veinte, pero entre las reivindicaciones indigenistas, afro-cubanas o nacionalistas y el realismo mágico existe una distancia que la crónica del venezolano tiende a olvidar.

<sup>8</sup> Roberto González Echevarría, Alejo Carpentier: el peregrino en su patria, México, UNAM, 1993, pp. 66-72, 136-156 y passim.